

Asesinato de Francisco Pizarro, gobernador del Perú: proceso seguido contra los asesinos del Marqués*

Horacio H. Urteaga

El documento que publicamos con el título de “Proceso seguido contra Diego Méndez, secuaz de don Diego de Almagro, en el asesinato del marqués don Francisco Pizarro, sobre la condenación y confiscación de bienes”, es en verdad el proceso seguido contra los asesinos del gobernador del Perú, don Francisco Pizarro, y contiene una relación minuciosa y detallada de los antecedentes del hecho, del hecho mismo, y de sus consecuencias funestas y luctuosas, que se epilogaron en la sangrienta batalla de Chupas y muerte del joven Almagro. El documento es, pues, capital y precioso; su adquisición la debo a la gentileza de mi apreciado amigo y colega el sr. don José Toribio Medina, que, habiéndolo encontrado en el Archivo de Sevilla, me ofreció sacar una copia de él y enviármela; ha cumplido la oferta con la fidelidad de su hidalguía, cediéndome la obligación de poner unas apostillas como introducción al proceso. Así lo hago para encuadrar dentro de sus marcos históricos el conjunto de noticias que se desprenden del interrogatorio, relleno de formulismos curialescos.

Muerto el viejo Almagro, después de la batalla de Salinas, Pizarro quedó único dueño del territorio que conquistara. Los derechos de su socio sobre la Nueva Toledo (o sea sobre el territorio de Chile) no se transmitieron al joven hijo del infeliz mariscal, como lo había dispuesto este en su testamento; al contrario, Pizarro desconoció las últimas disposiciones de su socio y no solo excluyó de sus derechos al hijo, sino que le rebajó su hacienda y le privó de todo gobierno y empleo. Almagro había tenido amigos leales y buenos; su carácter generoso y franco le había regalado afectos y adhesiones; sus partidarios, muerto él, no lo olvidaron, y creyendo encarnadas en el hijo la generosidad y la hidalguía del padre, rodearon al mozo Almagro y le ofrecieron su ayuda y sus esfuerzos, cada vez que pensara recuperar sus derechos hollados y desconocidos. El marqués Pizarro, que bien pudo apagar los rencores y odios justificados de los almagristas, lejos de sosegarlos y allanar los obstáculos que habían de crear a su gobierno, con una falta de tino que revelaba la grosera pobreza de su alma, privó a *los de Chile*

* *Revista del Archivo Nacional del Perú*, Lima, tomo VII, entrega I, pp. 1-9, 1929, bajo el título: “Asesinato de D. Francisco Pizarro, gobernador del Perú (proceso seguido contra los asesinos del Marqués)”.

de todo empleo y cargo, y dando oídos a envidiosos y calumniadores, ese miasma que expelen las revoluciones y las guerras civiles, y que contagia a los débiles, dando oídos a envidiosos, repetimos, ultrajó cuanto pudo a sus enemigos, confiscó sus bienes y agregó a las ofensas políticas, las degradaciones. Era una fuerza ciega a la que manejaba la vileza.

El resultado de semejante absurda política no se hizo esperar: una conjuración se tramaba en las sombras, conjuración horrible y trágica, en la que se resolvió el asesinato y el asalto.

Almagro el Mozo, rodeado de los principales amigos de su padre y aconsejado por Juan de Herrada, aprobó el complot en que se había resuelto el asesinato del marqués y el asalto a la Gobernación. Algunos autores creen que Almagro no se hallaba comprometido en el complot. ¡Peregrina ocurrencia, cuando era en su propia casa donde los conjurados celebraban sus reuniones, estuvieron en la acción sus íntimos amigos y el fin de ella fue la proclamación de su autoridad y de sus derechos hollados! Que no asistiera al asalto, nada prueba en contra de su responsabilidad en el crimen; seguramente se creyó imprudente comprometer al *futuro gobernador* en la acción peligrosa del golpe a mano armada¹. Semejante propósito era tomado en el colmo de la impaciencia. Sabedor el rey de los disturbios habidos en el Perú, entre Pizarro y Almagro el Viejo, resolvió comisionar al licenciado Cristóbal Vaca de Castro para que arreglara las diferencias entre los conquistadores y, en caso de muerte de Pizarro, se le autorizó para asumir la gobernación. Cuando se supo en el Perú la determinación de la Corona, se esperó al licenciado para interponer ante él las quejas; pero una tormenta dispersó los navíos en que venía el comisionado y por mucho tiempo se creyó que este había perecido; fue bajo esta mala noticia que los almagristas se resolvieron a dar muerte al gobernador².

El estado de miseria de los almagristas era agudísimo y, a creer al cronista Herrera, teniendo apenas una capa, su orgullo de hijosdalgo les hacía turnarse en el uso del abrigo para salir a la calle. El secretario del gobernador, un tal Antonio Picudo, hombre torpe y de mala intención, llevó el ultraje a los de Chile hasta el escarnio: “salió un día con un vestido de seda bordado de higas de plata con una inscripción en la gorra que decía *para los de Chile*”. Era esta una burla tan ridícula como perversa, que pudo ser despreciada por los ultrajados si estos, demasiado impacientes con tanta afrenta, hubieran tenido, como dice un historiador, “la filosofía suficiente para desdeñarla”.

Un día amanecieron colgadas en la horca que se hallaba en la plaza tres sogas dirigidas hacia las casas de Pizarro, de Picado y del juez Velázquez; en sus extremos había

1 En el documento que hoy publicamos, se echa de ver cómo los almagristas trataban de evitar responsabilidades al joven Almagro, su jefe. Así, en el interrogatorio N.º LXII, se puede leer cómo el propio Juan de Herrada, al ver la causa perdida, aconsejaba el escape de los secuaces, pero eximiendo de responsabilidad al cabecilla.

2 Por la pregunta N.º IX del interrogatorio, se ve que, aun sabiendo ya la falsedad de esta noticia, el temor de ver perdida su causa ante el comisionado regio los determinó a asesinar al marqués, y aun a atentar contra la vida del licenciado Vaca de Castro, tomando para el caso las debidas disposiciones, como se colige por las preguntas IX, X, XI, y principalmente la XII, en que se descubre quién era la persona encargada del asalto y muerte al licenciado.

carteles con los nombres de estos. ¡La venganza tenía desenfadado! Pronto tuvo Pizarro conocimiento de la conspiración; pero a los que le hablaban de tomar seguridades contra los de Chile les contestaba con desdén: “Pobres diablos, bastante los persigue la desgracia, no los molestemos más”. Sin embargo, llamó a Juan de Herrada y tuvo con él en el jardín de Palacio una conversación franca y cordial, hasta llegó a convidarle las naranjas del huerto, raras entonces en el Perú. Herrada negó a Pizarro, como era natural, la conjuración, convenciéndose al mismo tiempo de que las sospechas del gobernador no eran muy sólidas. Al despedirse del marqués, este le dijo: “pedirme lo que queráis, yo os lo concederé”. Ambos se despidieron satisfechos, pero Herrada, más confiado en el éxito de su plan, al reunirse con sus amigos y narrarles su entrevista con Pizarro, les infundió alientos y se puso abiertamente a la cabeza del complot. Se fijó la fecha del golpe para el 26 de junio y se dispuso que al salir el gobernador a misa, un grupo de conjurados, lanzándose sobre él, lo victimasen, mientras a una señal dada (un pañuelo blanco batido) varios almagristas escondidos en las casas del contorno de la plaza, uniéndose a los atacantes, asegurarían el éxito en el asalto³.

Nuevamente recibió aviso Pizarro del golpe que se preparaba. Uno de los conjurados, arrepentido de su participación en el crimen que se proyectaba, reveló a su confesor cuanto se tenía resuelto por los almagristas. El sacerdote Inan de Henao participó, con las debidas reservas teológicas, lo que se fraguaba al secretario Picado, el que puso al marqués, inmediatamente, sobre aviso; pero este, lejos de alarmarse, apenas dejó escapar una frase irónica: “Ese clérigo, dijo, obispado quiere”. Con todo, llamó al lugarteniente Velázquez y le previno que tomase seguridades. “Mientras tenga la vara de la ley en mis manos, no tema vuestra señoría, nadie se atreverá”, contestó el intendente. Necia arrogancia que, como veremos, sirvió solo para escarnecer y ridiculizar a su autor.

Pizarro volvió a despreocuparse de consejos y amenazas, pero sus amigos, que sabían que el domingo inmediato se proyectaba el golpe, aconsejaron al marqués no saliera a misa. Pizarro lo hizo así, y en la mañana del domingo 26 no abandonó su Palacio. Los conjurados que se preparaban al asalto, al ver que, llegada la hora de misa, no salía el gobernador, creyéronse perdidos y se sobresaltaron; su plan, pasando por una aguda crisis, se habría desconcertado; pero Herrada, que era hombre resuelto y sereno, aconsejó entonces llevar el asalto al mismo palacio del marqués. El nuevo plan era temerario y ocasionado a dificultades y fracasos por lo imprevisto y sorpresivo, por eso muchos se negaron a llevarlo a cabo, pero Herrada y los principales conjurados, que creían ya descubierto el complot, insistieron en él; aquel, sobresaltado y nervioso, dijo a los que vacilaban: “pues qué, ¿creéis que hay tiempo que perder? Iremos los resueltos y al salir gritaremos vuestros nombres, diciendo que participáis de nuestro crimen”. La amenaza era terrible y produjo su eficacia. Todos se lanzaron a la calle gritando: “¡viva el rey, muera el tirano!”. Eran los doce del día, la plaza estaba casi desierta, pero, a los gritos de los de Chile, muchos vecinos alarmados, asomándose a sus puertas y balcones decían unos: “van a matar al marqués, van a matar a Picado”.

3 En la pregunta N.º XI del interrogatorio, se dice que la señal la daría Juan Sánchez Copin y que esta sería preliminar de la muerte. La verdad es que la tal señal no tuvo por qué darse, pues habiendo resuelto Pizarro no salir a misa, los conjurados ya no tuvieron otra cosa que asaltar el Palacio a mano armada.

Al atravesar la plaza, uno de los conjurados quiso evitar un charco de agua, dando un rodeo. “¡Cómo –le dijo Herrada–, vamos a bañarnos en sangre humana y rehusáis mojaros los pies en agua! ¡Apartaos al punto!”. Y el asaltante se retiró avergonzado. ¡El apóstrofe tiene una lógica tenebrosa!

Cerca de mil personas, que vivían en los alrededores de la plaza, oyeron los gritos de los conjurados y, no obstante el corto número de los asaltantes, nadie se aprestó a la defensa. “Por algún secreto juicio de Dios –dice Cieza–, nadie estorbó la consumación del crimen”. El secreto juicio de Dios era la indiferencia con que los vecinos miraban la persona del marqués. Pizarro no había sabido entusiasmar a los suyos ni formar a su alrededor esos partidos de convicción que defienden y salvan; así como en campaña y en situaciones peligrosas se hacía el ídolo de sus tropas por su arrojo y decisión, en la época de paz y en ese trabajo de trama de la administración pública, bajo el impulso de sus pasiones no educadas, de su criterio difuso y de su sometimiento a favoritos indignos, no había hecho sino crearse odios, fomentar descontentos e impacientar a sus enemigos. Sus *íntimos*, como veremos luego, dieron en el instante del asalto muestras de una conducta no conforme con sus antecedentes, pero que revela bien claro el poco interés que les inspiraba su jefe⁴.

La puerta principal del palacio estaba abierta, para felicidad de los conspiradores, por allí penetraron al primer patio, dando desaforados gritos. Dos criados que salieron a su encuentro, recibieron la primera acometida, uno de ellos cayó muerto, el otro huyó gritando: “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor!”.

Pizarro se hallaba de sobremesa en compañía de su hermano Francisco Martínez de Alcántara, del juez Velázquez, el obispo de Quito, Díaz; el capitán Francisco Chávez, el veedor García de Salcedo, Luis de Rivera, Juan Ortiz de Zárate, Pajares, Gómez de Luna, López de Cáceres, Francisco de Ampuero, Rodrigo Pantoja, Ortiz de Guzmán y siete vecinos más. Todos, al oír el ruido que hacían los conjurados y percibir los gritos de “¡muera el tirano!” se lanzaron unos por la escalera y otros se descolgaron por una baranda al jardín. El juez Velázquez se dejó caer, sujetando con sus dientes su bastón. “Fue para no desmentir su dicho –dice con ironía un cronista–, pues que habiendo ofrecido que mientras empuñase la vara de la justicia nada pasaría al gobernador, cuando acontecía el ataque la llevaba en la boca”.

Apenas tuvo tiempo Pizarro de ordenar a Francisco de Chávez cerrase la puerta de la escalera. Si este hubiera cumplido el encargo, los conjurados hubieran visto frustrado su plan, pues Pizarro se habría armado, quizá hubieran venido en su ayuda servidores, y los asaltantes, en desconcierto, habrían sido copados; pero Chávez, como decimos, no cumplió el encargo, y, entreabriendo la puerta, quiso platicar con los conjurados; una estocada lo hizo callar y “dando el pobre capitán arcadas con la muerte, fue rodando hasta el patio”. Entonces, los de Chile se precipitaron gritando: “¡Dónde está el tirano! ¡Dónde está el traidor!”. En la segunda puerta fueron detenidos por Ortiz Zárate,

4 En la pregunta N.º XIX se echa de ver que las medidas tomadas por los facciosos fueron eficaces para impedir la defensa que los pizarristas pudieran prestar a su jefe. Sin embargo, algunos de ellos, encabezados por don Jerónimo de Aliaga, hicieron una heroica resistencia y rechazaron en sus domicilios el ataque de los almagristas. Así se colige por las declaraciones de testigos en la “Fe y probanza de servicios del capitán Aliaga” (véase el tomo III de esta *Revista*, “Información de servicios de D. Jerónimo de Aliaga”).

pero este recibió una herida mortal y dejó el pasó franco. Martín de Alcántara, viendo a los conjurados en la antesala, se retiró a la recámara de su hermano para ayudarlo a defenderse. Las voces claras y trágicas llegaban a los oídos del marqués: “¡Muera el traidor! ¡Muera el tirano!”. Pizarro, que impaciente y precipitado se armaba, dio un grito de rabia al ver que no le sujetaban las hebillas del plastrón y arrojándole lejos de sí, se envolvió la capa al brazo, cogió su espada y salió a contener a los asesinos. Martínez de Alcántara, ayudado de dos servidores fieles, se batía desesperado en la puerta de la cámara, por fin, tanto él como sus auxiliares cayeron atravesados de heridas. Pizarro, furioso “como un león a quien se ataca en su cueva”, se lanzó sobre sus asesinos, gritándoles: “¡Cómo, traidores! ¡Habéis venido a matarme en mi propia casa!”, y con un arrojo que desmentía su edad, repartía estocadas y tajos formidables. Cuatro de sus enemigos habían caído a sus pies y nadie se atrevía a pasar el dintel de la cámara; quísose, entonces, traer lanzas para atacarle de fuera, pero Herrada precipitó sobre Pizarro a un tal Narváez, que cayó sobre el marqués y le estorbó la defensa, pues mientras el empujado era herido de muerte, Pizarro recibía en la garganta una estocada terrible; vaciló un momento y se desplomó empapando el suelo con su sangre, y “estando así caído en el suelo –dice la pregunta XVII del interrogatorio–, puso los dedos en cruz sobre la boca y pidió confesión de sus pecados, y el dicho Juan Rodríguez Barragán, habiendo sido criado y mayordomo del marqués, tomó una alcarraza o cántaro que estaba allí, lleno de agua, y de alto dio en él en la boca, sobre la cruz al dicho marqués, diciéndole: “¡Al infierno, al infierno os habéis de ir a confesar!”; con el gran golpe, por ser grande el cántaro, le quebrantó la cara, y luego acabó de morir el dicho marqués”.

Algunos autores han asegurado que el marqués, habiendo caído al suelo, hizo una cruz con su sangre, y se inclinaba a besarla cuando fue herido por el golpe de la alcarraza, lo que motivó su muerte, pronunciando al expirar la palabra “Jesús”. En la pregunta del interrogatorio se ve que los hechos pasaron de modo distinto.

En la noche, unos fieles al marqués (Juan de Barbarán, su mujer y el secretario Pedro López) con mucha prisa lo llevaron a la iglesia (Catedral) y como mejor pudieron hicieron un hoyo en el cual le pusieron y faltó tierra para tapan el sepulcro del que había conquistado tan dilatado imperio⁵.

Así murió el primer gobernador del Perú, víctima de las pasiones y de los odios que se desencadenaban en esta tierra, donde, por ocultas causas, las luchas fratricidas echaban raíces profundas, que no eran obstáculo a contenerlas ni la lealtad castellana, ni la extensión de los dominios disputados, ni la limitación de derechos perfectamente expresados en las capitulaciones, ni las máximas cristianas de paz y concordia, que con tanto calor se predicaban entonces. Ante semejante espectáculo de desenfreno, de ambición y de odios recíprocos, el peruano no pudo sistematizar su vida, ni mirar las nuevas instituciones como el emblema del orden y del progreso, y agitado su espíritu ante el recuerdo del despotismo antiguo, que no amó, y la agitación fratricida, que le perjudicaba, cayó en ese marasmo y habitual indiferencia que dominan su vida y le

5 Habría que investigar en los restos de Pizarro, que se hallan ya en una capilla de la Basílica de Lima, si el cráneo del marqués –a ser suyos los restos– se halla con las huellas del quebrantamiento de huesos a que se refiere la pregunta XVII del interrogatorio.

roban su entusiasmo, haciendo de su inteligencia una rutina y de su corazón un foco de melancolía.

Muerto Pizarro, los conjurados se entregaron a los excesos más abominables, saquearon las casas de los amigos del difunto, principalmente la de su secretario, el perverso Antonio Picado, al que cortaron la cabeza después de un proceso sumarísimo; mataron y atormentaron a muchos inocentes, que no tuvieron más culpa que haber sido partidarios del gobernador. Desparramados por la ciudad cometiendo tropelías y vociferando, no se daban punto de reposo en sus insultos y desmanes, infundiendo tal pavor en el vecindario, que los padres de la orden mercedaria tuvieron que apelar a las exhortaciones y sacaron en procesión, con clamores y rogativas, al Santísimo Sacramento, cantando letanías y pidiendo misericordia.

La sed de venganza y el apasionamiento de los almagristas apenas se calmaron con estas públicas manifestaciones de la religión, así se colige por lo aseverado en las preguntas del interrogatorio, de la XIX a la XXV inclusive.

Pero convenía a los intereses de los conjurados dar visos de legalidad al nuevo gobierno que trataban de inaugurar. Con tal fin obligaron a los cabildantes a pronunciarse por el gobierno del joven Almagro, eligiéndolo para el alto cargo, no valiéndoles la declaración que muchos de ellos hicieron de no tener poder ni derecho para ello y, al contrario, amenazándoles con la pérdida de la vida en caso de negativa.

El miedo pudo más que el respeto a las formas legales y el conjunto de regidores procedió a la elección de Almagro el Mozo, por gobernador de la Nueva Castilla, y de Martín Carrillo y Francisco Peces, por alcaldes, destituyendo a Juan de Barrios y Alonso Palomino, que ejercían el cargo, y eligiendo también a Cristóbal Sotelo por lugarteniente del gobernador Almagro, en sustitución del famoso Velázquez, a quien, junto con los anteriores destituidos, tenían preso en la cárcel (interrogatorio, preguntas XXIII y XXIV).

El hijo del viejo mariscal y de la india Ana Martínez recorrió a caballo la población, entre la algazara y vítores de sus parientes.

Instalado en el gobierno, dispuso de los empleos; despachó provisiones y órdenes a las provincias, nombrando autoridades e instruyendo en el desempeño de sus cargos a los elegidos, demostrando en estas actividades inteligencia y tino, y revelando cualidades de organizador y administrador, desproporcionadas a su experiencia y educación; y como supiera que el comisionado que mandaba la Corona a entender de los disturbios en el Perú, había desembarcado en Tumbes y se disponía a emprender marcha hacia Los Reyes, le envió una diputación para prevenirle de su lealtad a la persona del rey y la legitimidad de sus derechos. Bien es verdad que tenía que habérselas con hombre tan avisado y precavido como Vaca de Castro que, bien averiguado tenía, que semejantes muestras de sumisión de parte del rebelde no tenían más objetivo que ganar tiempo y medios para enfrentar una radical oposición a los derechos de que venía premunido. Así se colige por las preguntas LIV y LV del interrogatorio.

Nada, sin embargo, pudieron las medidas de gobierno y administración dictadas por el nuevo gobernador; sus parciales ejercitaron en las provincias tropelías y desmanes hasta entonces no vistos; los vecindarios de las ciudades del Cuzco, Trujillo y Arequi-

pa sufrieron robos, asaltos e incendios, muertes y tormentos inhumanos; atrocidades en que se cebaban, no solo la venganza y el rencor de los políticos, sino las bajas pasiones de los malvados. Los crímenes cometidos, entonces, y que nos revelan algunas de las terribles preguntas de este interrogatorio, hacen ver la triste situación de una vida social, cuando a esta la devoran la anarquía y la ambición.

Bien conocida es la suerte del infeliz criollo. Debilitada su autoridad con la llegada de Vaca de Castro y el reconocimiento que los vecindarios otorgaban a sus poderes; muerto su consejero Herrada y entibiado el entusiasmo por su causa, tras una tenacidad censurable en no acogerse a la amnistía que le prometiera el comisionado regio; después de una resistencia digna de mejor causa, cayó en Chupas y pereció en forma tan infamante como su desgraciado padre, acusado también de traidor al rey; pero su muerte no dio fin a las rencillas y disputas, estas se prolongaron hasta fines del siglo XVI, con otros caudillos y otras banderas, formando una cadena de infortunios y desventuras para los colonos y una rémora para que España implantara una colonización regular y sistemada, y fuera su gobierno no una desilusión sino una esperanza.